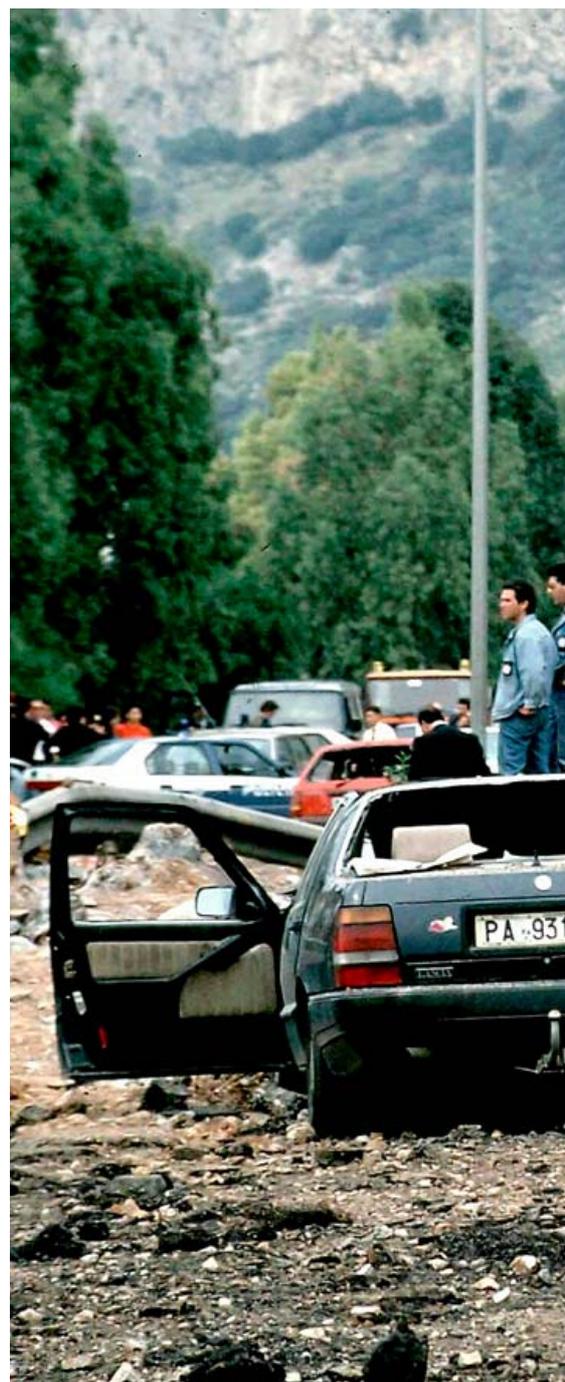


Así quedó la autopista de Palermo a la altura de Capaci el 23 de mayo de 1992, tras el atentado contra Giovanni Falcone.

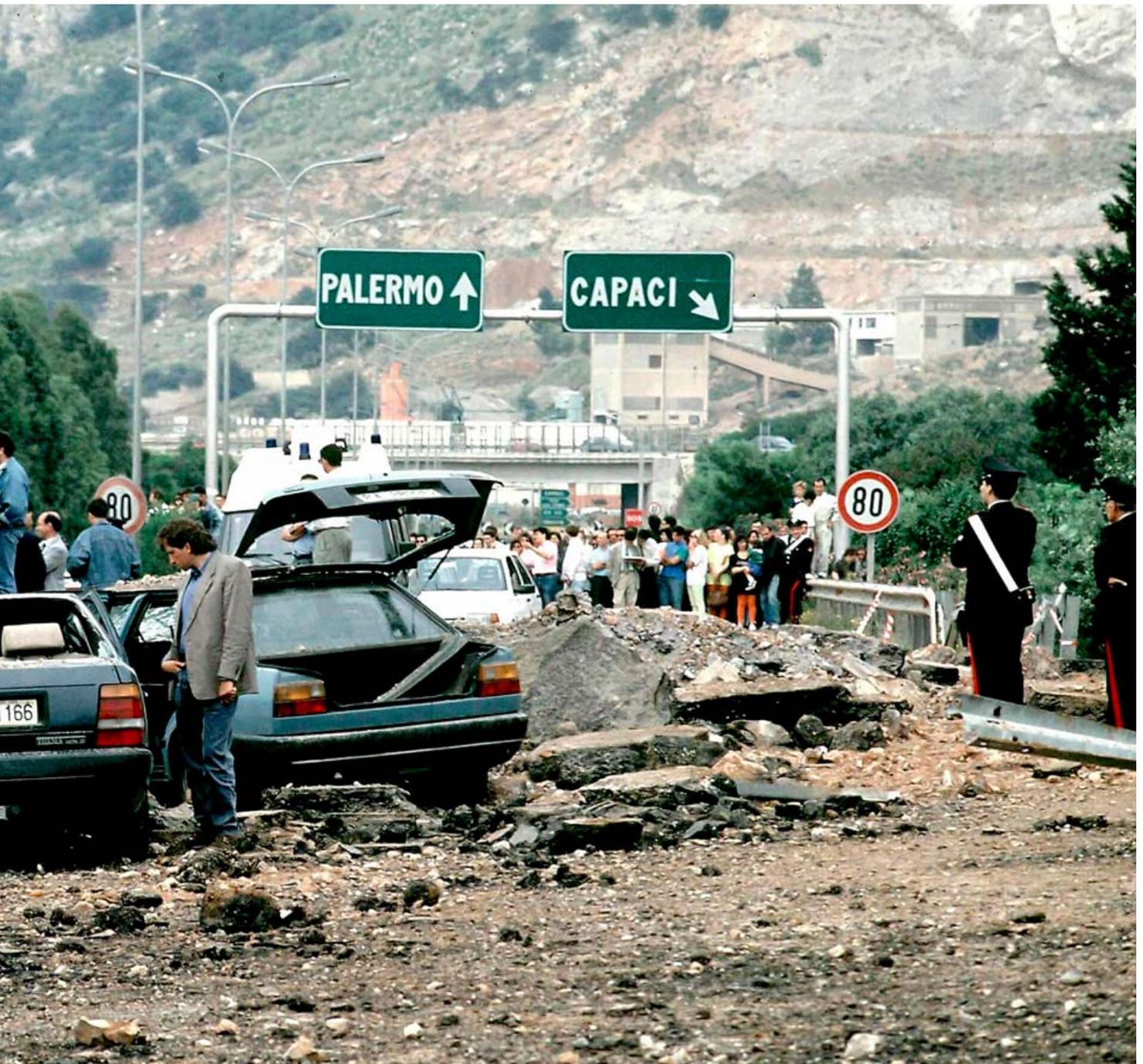
La Sicilia de los 80 vivía atenazada por la mafia, con más de un muerto al día, hasta que unos juristas audaces le plantaron cara. Uno de los escasos jueces supervivientes, Giuseppe Ayala, fiscal del 'Maxiproceso' que acorraló a la Cosa Nostra, relata aquellos años en su libro de memorias. "El Estado echó el freno cuando empezó a lograr resultados porque tenía a la mafia dentro", dice

EL FISCAL QUE METIÓ EN LA CÁRCEL A 360 MAFIOSOS ITALIANOS: "TODAVÍA ME PREGUNTO CÓMO LO HICE"

Por *Andrés Seoane*



La noche del 3 de septiembre de 1982 dos escuadrones de asesinos de la mafia armados con *kalashnikovs* abrieron fuego contra el coche en el que viajaba el general de los Carabineros Carlo Alberto Dalla Chiesa. Célebre por su lucha contra el terrorismo en los años 70, meses antes había sido nombrado Prefecto de Palermo con la misión de pacificar la isla y poner fin a la violencia desatada por la Segunda guerra de la mafia. Aunque el grueso de las matanzas se cometió entre 1981 y 1983, cuando llegó a contabilizarse más de un muerto diario hasta acumular más de 1.000 –en su mayoría mafiosos de clanes rivales–, desde finales de los 70 los jefes mafiosos habían decidido atacar al Estado haciendo desaparecer a



figuras clave, como el político comunista Pio La Torre, el presidente del Gobierno Regional de Sicilia Piersanti Mattarella, el jefe de policía Boris Giuliano, el fiscal jefe Cesare Terranova (su sucesor, Rocco Chinnici, sería asesinado en 1983) y el también magistrado Gaetano Costa.

Sin embargo, el asesinato de Dalla Chiesa junto a su mujer y su escolta marcaría un punto de inflexión. En el lugar de la matanza apareció un letrero inolvidable: «Aquí murió la esperanza de los palermitanos honrados». «La rabia y la indignación se apoderaron de la ciudad», recuerda aquel tenso momento el ex magistrado y ex político italiano Giuseppe Ayala (Caltanissetta, 1945), que un año antes había llegado a Palermo como fiscal auxiliar. «El funeral se celebró el 5 de septiembre. La multitud era inmensa, había codazos para entrar en la iglesia y dar rienda suelta a la rabia acumulada. Todos los políticos presentes recibieron abucheos. El cardenal Pappalardo pasó a la historia al pronunciar aquella frase: *Dum Romae consulitur, Saguntum expugnatur* (mientras en Roma se discute, Sagunto es conquistada), que valió más que el más severo discurso».

Tras muchos años de aquella escena, Ayala vuelca sus recuerdos de la convulsa década de los 80 y de la férrea lucha judicial en la que se embarcaron un puñado de valientes servidores públicos en su libro *Quien tiene miedo muere a diario* (Gatopardo). El título está extraído de una frase del juez Paolo Borsellino, otro de los grandes protagonistas de estas páginas: «Es bonito morir por aquello en lo que crees; quien tiene miedo muere a diario, quien no tiene miedo solo muere una vez».

En ellas, Ayala, uno de los pocos supervivientes de esa época, explica minuciosamente cómo fueron encajando las piezas judiciales que llevarían al famoso *Maxiproceso*, el mayor juicio de la historia emprendido por un Estado contra una organización criminal. Además, narra también, como dice, «la historia de una gran amistad nacida por azar y vivida entre dramas y sucesos»: la que lo unió al citado Borsellino y, especialmente, al archiconocido Giovanni Falcone, y a tantos otros colegas de la lucha antimafia: los magistrados Antonino Caponnetto y Giuseppe Di Lello, el subcomisario de policía Ninni Cassarà, asesinado en 1985...

Hoy, el imaginario creado por la literatura, la televisión y el cine han hecho de la mafia un elemento más de la cultura popular. Sin embargo, en los primeros años 80, la situación era muy distinta, incluso en la propia Sicilia. De hecho, los mafiosos jamás usaban esa palabra, sino el término *Cosa Nostra*. Como ha explicado una autoridad en el tema como Andrea Camilleri, esas cinco letras sólo se enunciaban una vez cerradas las puertas de la casa, para que no las oyeran los extraños. Nadie quería admitir lo que se escondía detrás de ellas. Hasta que todo explotó.

«La Cosa Nostra siempre había tenido mucho cuidado en hacerse lo menos visible posible, en tejer sus redes clientelares en la sombra, hasta finales de los 70. Esa tradición fue interrumpida por los llamados Corleonesi [familia mafiosa oriunda del pueblo de Corleone], liderado primero por Luciano Liggio y luego por Salvatore Riina y Bernardo Provenzano, que fueron en protagonistas de un cambio radical de estrategia», explica Ayala.

«Para hacerse con la dirección de la organización no dudaron en matar a los





mañosos que se oponían a su 'plan hegemónico', como lo definió Falcone, y al mismo tiempo atacaron al Estado asesinando a representantes públicos implicados en la lucha antimafia.

Así era Palermo en 1982, en palabras de Ayala: «Una ciudad arrastrada a una espiral de violencia, sangre y terror en la que yo y muchos otros advertíamos una paradoja absurda. No estábamos ante un acto de subversión política, un levantamiento de masas, una revolución. No. Era la mafia, que recurría a la guerra con el fin de calibrar sus equilibrios internos y debilitar la acción del Estado».

Sin embargo, también eso habría de cambiar pronto. Poco antes de morir, Dalla Chiesa había remitido a la Fiscalía de Palermo un documento que sería clave en los hechos posteriores, el llamado *Informe de los 162*. Era un documento elaborado conjuntamente por la policía y los Carabinieri que reconstruía el organigrama de las familias mafiosas de Palermo a través de investigaciones y controles escrupulosos. Su autor, el citado Cassarà, a quien costaría la vida, sugería la idea de que para derrotar a la mafia era necesario tener una visión global de su estructura.

EL MAYOR JUICIO DE LA HISTORIA. Estos datos despertaron la intuición del juez Falcone y pondrían patas arriba la forma de instruir los juicios contra unos mafiosos que llevaban años eludiendo la justicia por falta de pruebas. «Giovanni [Falcone] era un fuera de serie. Tenía una visión que estaba más allá de la de cualquier otra persona. Esto le permitió concebir y poner en práctica el llamado *método Falcone* que nos llevó a resultados hasta entonces inimaginables», rememora Ayala. El juez se propuso algo inaudito y que crearía escuela: seguir los rastros de las cuentas bancarias y las finanzas para llegar hasta los criminales. «Dado que Palermo era para la mafia la base de operaciones de un tráfico que se ramificaba hasta el otro lado del océano y del Mediterráneo, las investigaciones relativas a ese tráfico debían hacer lo mismo. No había que imponerse más fronteras que las que determinase la localización de la droga y de los capitales vinculados a ella. Años más tarde, sinteticé esta idea tan formidable en una simple afirmación: Puede que la droga no deje rastro; el dinero, sin duda, sí que lo deja».

Dicho y hecho. Las diligencias bancarias se convirtieron en el eje del nuevo modelo de instrucción y poco a poco fueron vinculando las piezas: los canales extranjeros del narcotráfico, los negocios legales e ilegales, las conexiones entre familias y con la política... Las investigaciones llevaron a todos los fiscales palermitanos de entonces a establecer relaciones con homólogos de toda Italia, pero también de Francia, Suiza, Egipto, Estados Unidos, Brasil... Redadas gigantescas desmantelaron redes internacionales de tráfico de heroína que llegaban hasta Tailandia. «Todos aquellos que creímos en las bondades del método Falcone nos

▲ **El magistrado Giuseppe Ayala (izquierda) en Egipto junto a sus colegas Giovanni Falcone y Francesca Morvillo, asesinados el 23 de mayo de 1992.** OLVCOM

“HASTA FINALES DE LOS 70, LA COSA NOSTRA HABÍA QUERIDO SER LO MENOS VISIBLE POSIBLE, PERO EN LOS 80 DECLARARON LA GUERRA AL ESTADO”

“EL MAXIPROCESO FUE VITAL. LA SENTENCIA IMPUSO 19 CADENAS PERPETUAS Y 2.665 AÑOS DE PRISIÓN A LOS 360 CONDENADOS”

“COMO DECÍA FALCONE, LA MAFIA ES UN FENÓMENO HUMANO Y, COMO TODOS, TUVO UN COMIENZO E, INEVITABLEMENTE, TAMBIÉN TENDRÁ UN FINAL”

comprometimos al máximo de nuestras posibilidades y es innegable que esto llevó a la obtención de resultados que jamás habríamos sospechado». En el libro, Ayala narra estos éxitos aderezados con alusiones a las extenuantes jornadas de trabajo, los arduos interrogatorios o las incomodidades de vivir rodeados de cada vez mayor escolta. «No puedo negar que la conciencia de los riesgos que coríamos estaba muy presente en cada uno de nosotros. Pero la fuerza de ser un equipo era más fuerte que cualquier miedo o preocupación».

Además de estos grandes logros, el golpe de efecto final contra la mafia vendría paradójicamente de su seno, como respuesta a la sangrienta guerra interna que se cobró las comentadas más de 1.000 víctimas. Muchos integrantes de las familias mafiosas palermitanas –los «perdedores» del conflicto– decidieron colaborar con la justicia. Se los llamó *pentiti* (arrepentidos), y sus testimonios serían clave. «El conocimiento real de lo que era la mafia se vio facilitado por la llegada de algunos mafiosos que decidieron colaborar con nosotros, principalmente por venganza», apunta Ayala.

El nombre propio de este fenómeno fue Tommaso Buscetta. «Estaba escondido en Brasil, a donde había huido tras ser detenido en Italia. Los Corleonesi, al no encontrarlo, habían matado a sus dos hijos y a uno de sus hermanos en Palermo. Así que cuando fue arrestado por los brasileños [país donde tenía un complejo entramado de tráfico de heroína y cocaína oculto tras negocios legales como pizzerías y lavados de coches] y entregado a nosotros, decidí utilizarlos para llevar a cabo esa venganza».

Las declaraciones que Buscetta hizo ante Falcone, Borsellino y Ayala demostrarían la verdad de todo lo narrado en el *Informe de los 162* y propiciarían el conocido como *Maxiproceso*. Ayala fue nombrado fiscal jefe de la acusación en un juicio que se extendió entre febrero de 1986 y diciembre de 1987 y en el que fueron acusadas 474 personas, aunque 19 de ellas debieron ser juzgadas *in absentia*. «Este proceso constituye el momento más alto alcanzado por el Estado en la lucha contra el fenómeno mafioso. La sentencia impuso 19 cadenas perpetuas y 2.665 años de prisión a los 360 condenados», afirma orgulloso Ayala. «Fue un trabajo que no es fácil de describir. Hasta el día de hoy todavía me pregunto cómo lo hice. No lo sé. Pero lo hice», remacha el juez, que en el libro relata que tras leer durante varios días sus conclusiones acusatorias las piernas no le sostuvieron y la escolta tuvo que llevarle en brazos.

UNA OPORTUNIDAD PERDIDA. Pese al éxito del *Maxiproceso* y a que, como destaca Ayala, «el clima social de convivencia y respeto hacia la mafia entró para siempre en crisis», el Estado no supo aprovecharlo para dar el golpe de gracia a los criminales. Tras el revuelo con el juicio, los responsables fueron convenientemente orillados a puestos menos comprometidos y Falcone fue privado de acceder al Consejo Superior de la Magistratura. Como repite el libro: «El combate contra la mafia se libra en Palermo, pero se gana o se pierde en Roma». «El Estado había decidido echar el freno justo cuando empezaba a obtener resultados prometedores. ¿Por qué? Porque dentro del Estado estaba la mafia. Quien tenga otra explicación que levante la mano», razona con dureza Ayala.

Las páginas finales de su libro, teñidas de amargura, dan cuenta del cruel fin que encontrarían sus dos amigos pocos años después, en 1992, con apenas meses de diferencia. Los asesinatos de Falcone y Borsellino han sido narrados y llevados a la pantalla muchas veces, pero Ayala los recuerda en apenas tres párrafos. Él iba a subirse a aquel coche que volaría por los aires el 23 de mayo. «Yo tenía que haber estado allí, a las 17:59 de aquel sábado en el que varios kilos de trilita segaron cinco vidas y la dignidad de este país». El domingo 19 de julio, tras oír una enorme explosión salió a la calle. «La escolta me siguió. Al cabo de 200 metros nuestros ojos se vieron asaltados por una imagen que ningún ser humano debería contemplar. Tropecé con el torso quemado de un hombre. Era lo que quedaba de Paolo Borsellino. Fui el primero en verlo así. Seré el último en olvidarlo».

Optimista tras tantos años, a pesar de la crudeza, Ayala celebra que, pese a todo, hoy estamos mucho mejor que antes del *Maxiproceso*. «Se ha abandonado la sangrienta estrategia de los Corleonesi, la mafia no ha matado a representantes de las instituciones desde hace más de 30 años. Apagaron los focos y regresaron a la clandestinidad». Y aunque, como afirma, «esto hace más difícil combatirla, como decía Falcone, la mafia sigue siendo un fenómeno humano y, como todos, tuvo un comienzo e, inevitablemente, también tendrá un final. No creo que sea pronto, pero estoy seguro de que ese momento llegará». ■